

ECOS Y REFLEJOS

En la Tumba de Bachiller

Por Félix Lizaso

DESPUES de más de sesenta años de reposar en su tumba los restos del insigne cubano que se llamó Antonio Bachiller y Morales, un grupo de cubanos se da cita en ella, al llamado de una fecha que, desde hoy, adquiere una significación que los tiempos y las circunstancias le han dado. Porque al crearse el

Día del Libro Cubano, siguiendo esa nueva moda que va dando fechas precisas a alguno, destacados eventos de la vida humana, como para que, por lo menos, una vez cada año pensemos en una noble actividad del espíritu o en algún recuerdo emocionado, acabamos de fijar la del día de hoy, como aquella en que debemos rendir un especial homenaje a uno de los hombres que más y mejor trabajó en la cantera de la bibliografía.



LIZASO

Probablemente la tumba de Bachiller y Morales nunca había sentido a su alrededor tropel de vida nueva como el que hoy la conmueve, desde aquel día de enero de 1889, cuando acompañó sus despojos hasta este mismo sitio, un grupo de amigos acongojados, convencidos de que Cuba acababa de perder a uno de los hombres que con mayor tesón habían luchado para levantar el nivel de su patria, a la gran altura que había alcanzado en un periodo que pudo considerarse de renacimiento del espíritu cubano. Nuestros grandes hombres, que desde temprano comprendieron su papel de mentores de un pueblo que aspiraba a su madurez intelectual y política, fueron los que le prepararon el camino de su independencia, primero en el orden intelectual, más tarde en el orden de las ideas, templando las voluntades para las conquistas futuras.

Bachiller y Morales perteneció a una generación que creyó su

deber trabajar sin descanso por el robustecimiento de la vida moral e intelectual de su pueblo, dando así base digna al anhelo de superación. Tras el impulso logrado por las grandes figuras que enaltecieron la Isla, llevando por todo el mundo la voz que proclamaba sus derechos a un régimen de igualdad constitucional y de derechos políticos, habrá surgido la generación que trató de afianzar las posiciones adquiridas, convencida de que sólo en su propio esfuerzo debía confiar, más que en las condiciones que habían esperado.

En plena juventud, Bachiller se dió a conocer por sus trabajos sobresalientes en ramas muy diversas del saber. En su obra **De la Filosofía en La Habana**, José Manuel Mestre nos habla de la deuda que había contraído la juventud cubana con Bachiller y Morales, y de lo que él mismo le debía. No hablaba sólo del historiador de las letras, de su talento, de su laboriosidad y erudición, sino que se refería a sus servicios a la causa de la enseñanza, y en especial a la de la filosofía, como catedrático de la asignatura de Derecho natural, y a su labor como Decano de la Facultad de Filosofía; a su influencia sobre la juventud, a la que llevó el conocimiento de sistemas y doctrinas "que a no ser por su mediación serían tal vez de todo punto ignorados entre nosotros, con gran perjuicio del adelanto intelectual del país". Y recordaba sus lecciones, que despertaron gran entusiasmo, propiciando el acercamiento a la doctrina de Krause, dominante gracias a él, al punto de que su tratado, que tituló "Elementos de la Filosofía del Derecho, mereció conceptos altísimos de un profesor eminente en su época, el bel-

ga Tiberghien, quien manifestó su admiración porque en la Isla de Cuba se cultivasen las ciencias morales con la profundidad filosófica que alcanzaban en la propia Europa.

Por eso pudo decir Mestre: "El nombre del señor Bachiller, en una palabra, está íntima e inseparablemente relacionado con la vida filosófica y literaria de nuestra patria, y éste es sin duda un título de gloria que le recomendará siempre a la estimación general".